



GLOSARIO GERUNDENSE

DE AYER A HOY

Interpretación personal de nuestra Semana Santa

por LUIS G. PLA

No deseo incurrir en el lugar común de escribir acerca de nuestra Semana Santa la loa —apasionada— con que he leído glosarla por otros, sino que llevo el intento de producirme con la ecuanimidad y objetividad, que son lo conveniente y valedero.

Se ha dicho —se ha escrito— que, relativo a la procesión, en parte alguna tiene la semana mayor de la Iglesia un escenario más condeciente y adecuado que el nuestro (escalinata de la Catedral, portal de *Sobreportes*, calleja del ábside de San Félix, calles estrechas de la ciudad vieja, etc.), mas yo creo que esta afirmación no pasa de un disculpable entusiasmo localista; *explicable*, pero no del todo *acceptable*. Basta, en efecto, darse una vuelta por Tarragona, por ejemplo, o ir hasta Ronda, o Vejer de Cádiz, o Segovia, o Avila para echarse uno a la vista escenarios de Semana Santa, sugestivos, evocadores, impresionantes e inolvidables.

Lo que en realidad acontece entre nosotros es que se ha ido mejorando año tras año la procesión del Viernes Santo con la adición de elementos más numerosos, eficientes y mejor dotados de sentido colaboracionista, que es imprescindible sentido que empuja las cosas, todas las cosas, a su perfeccionamiento y plenitud.

Si me propusiera hacer historia (esta cosa tan comprometida y convencional llamada historia, generalmente escrita “a gusto del consumidor”, como se suele decir) me bastaría con afirmar previamente que nuestra procesión ha tenido —como todas las cosas— sus altas y bajas, hasta que, al fin, ha llegado en las presentes circunstancias a adquirir un volumen, contorno y características perfectas que la sitúan entre las procesiones logradas que conocemos.

El nexo, o relación de continuidad material entre la presente y las pasadas procesiones gerundenses de la Semana Mayor, es inexistente, porque del utillaje de las pasadas ya no queda nada,

y en segundo lugar porque tampoco existe entrabe entre aquello y lo actual. Siendo la misma la razón de ser de ambas, la efectividad es *otra* en la actualidad porque es otro su contenido, bien que sea el mismo su significado y alcance.

Antes, como es sabido, las procesiones eran dos: la del jueves y la del viernes santo. Asimismo, había la del Santo Hospital: de carácter penitencial, poco concurrida por cierto, pero muy tocante por su propia sencillez centrada en el hermoso Nazareno con la cruz auestas, que era el único paso, o *misteri*, de la misma. La precedía una musiquita de instrumentos de viento mediante los cuales tres músicos sacaban unos simples acordes melódicos que rezumaban piedad y sentimiento. El Nazareno, al impulso de los pasos *dels portants del misteri*, tenía todo el aire y movimiento de un andar lento y cansado bajo el peso de la Cruz...

Ignoro por qué se suprimió esta humilde procesión. Posiblemente, constituía una de las reviviscencias más fieles y sugestivas de la pasión del Señor. Su piadosa y hermosísima imagen, revestida de una túnica morada, infundía, en la tarde del viernes santo (la procesión se celebraba en esa tarde), un tono de gravedad y de dulzura que los que los hemos catado, en la infancia, los echamos en falta.

Dos puntos neurálgicos tenían las antiguas procesiones del jueves y viernes santo: el Cristo crucificado de *La Passió i Mort* y *El Crist de la Puríssima Sang*. Con referencia a sus tallas, éstas



eran de una nobleza difícilmente superada y de un dramatismo único. ¿Por qué no se tallan ahora imágenes como antaño?

Bajo las banderas respectivas, o sea, bajo el auspicio de sus respectivas congregaciones —o cofradías, como se dice ahora— la *Passió i Mort* y la *Puríssima Sang* contaban con los afectos de la ciudad entera. Puede afirmarse que toda la tradición religiosa ciudadana se compendia en ellas. Los *portants* de estas imágenes eran personas vinculadas de padres a hijos al amor y culto de su Cristo y el ejercicio de su “portantía” constituía un diploma de honor para todos ellos. A las del morir, todos iban al santo suelo con sus cadáveres revestidos con la túnica de *portant*.

Por mis largas ausencias de la ciudad, ignoro si al presente estas cosas siguen igual. Es de suponer que así sea. ¿Por qué no?

Cuanto a los “Sepulcros”, no eran los antiguos de la suntuosidad del actual y único; pero yo no sabría decir ni precisar en términos de escritura, la condición emocional que ellos tenían, por su simplicidad precisamente. Lo mejor de mi vida afectiva religiosa gira aún en torno *d'aquells Sepulcres*, donde el Cristo yacente, de tan divino me parecía humano, humanísimo y asequible...

Indudablemente que todos llevamos dentro “el mundo de nuestra niñez” y que, al conjuro de este mundo feliz y distante, saltan la flor y nata de los recuerdos (que es lo que me está sucediendo mientras redacto estas notas); y es al calor de estos recuerdos que uno revive y actua-

La escalinata de la Catedral es marco impresionante del acto final de la procesión del Viernes Santo. Final edificante y religioso que termina con la bendición con el Lignum Crucis y el canto del Credo.



liza en su mente lo que dejó atrás, sacando de ello (como la abeja de la flor) la miel más gustosa y comfortable.

Desaparecieron *els sepulcres* (como tanta cosa buena murió en manos disolutas y despiadadas, en arrebatos de verdadera locura), pero no murieron los recuerdos... El recuerdo, por ejemplo, de aquel *Crist de la Sang*, de San Félix, colocado en la penumbra interior del muro norte de la colegiata, siempre con un par de cirios votivos ardiendo cabe sus pies morenos... Aquel Cristo de anatomía torturada y sangrante, con el rostro lívido sombreado por una cabellera humana, y los ojos caídos, y con una magnolia en los pies, o un ramo de claveles rojos, o un puñado de violetas del valle de San Daniel o, una mimosa ruborosa de amarillo... Mi madre me llevó muchas veces ante aquel Cristo impresionante, levantándome en sus brazos para que yo acertara a besarle las patinadas llagas de sus rodillas y, seguramente, pidiéndole siempre para mí lo que sólo saben pedir las madres...

También rememoro aquella capilla de la iglesia del Carmen, donde ponían *el sepulcre*: un sepulcro modesto, de oros apagados y vidrios relucientes; con un Cristo yacente sobre un rojo damasco (como un lirio cortado) y confiado a la custodia de cuatro hombres del pueblo (*els manaies de antaño*) quienes, con los ojos acostumbrados a las larguras de horizonte de San Daniel (la mayoría de los viejos *manaies* eran todos de allí), dando entidad a aquel dicho, entonces en boga:

Manaies a granel, — don la terra de Sant Daniel.

quienes, repito, os miraban con la dura mirada de quien frena el empuje de sus ojos... Eran muchachos fuertes, se veía; pero así estaban de corderos y sumisos, entorno la urna del Señor muerto. Inmóviles, solemnes, impuestos, con todo y que sus vestiduras no tenían prestancia, ni brillo, como lo tienen ahora los indumentos romanizados de los modernos, o del presente: brillosos, elegantes.

Y a propósito de *manaies*: ¿es que no ha llegado la hora de testimoniar una loa a *los de ayer*? “Murieron” sin pena ni gloria, como se suele decir; pero, el epitafio a su recuerdo no se ha escrito todavía, y bueno será que yo me ocupe ahora de ese menester justiciero.

Los que vamos para viejos (si es que la vejez es puro asunto de años, que yo no lo creo) recordamos aquellos *manaies* desaparecidos con una ilusión idéntica a la que tendrá un niño de hoy

cuando —a su tiempo oportuno— *reviva* los *manaies* de ahora. Es que la órbita que siguen los afectos es siempre la misma en la vida; todo vuelve a su origen, como la nave al puerto de salida...

Ignoro si es verdad que los años hacen el alma más clara y los ojos más limpios para la observación de *lo que fué*, pero pudiera ser que así fuera. El caso es que el hombre —si es inteligente y tiene espíritu crítico— se goza pensando en las ingenuidades y juzgando las pequeñeces que constituyeron el *mundo dorado* de su primera edad. (Y, con lo antedicho, hemos explicado nuestra postura del momento.)

Los *manaies* viejos llenaron una época (la de nuestra infancia). La acción dispersadora y disgregadora del tiempo los llevó consigo, y desaparecieron del escenario. Era lo lógico. Pero, al desaparecer, debiera haberse levantado alguna voz, diciéndoles: “¡muchas gracias!...”

¿Qué interés tiene —en la acepción cordial de un niño— un lujo mayor o menor en la indumentaria de los personajes que *admira*? Lo mismo da, para él, un manto fabricado con lustrina económica que una púrpura. Su imaginación poderosa y creadora (como en ninguna otra edad de la vida) supera estos insignificantes detalles. Y así, ve oro en las purpurinas baratas, acero brillante en las espadas de madera, bronce en los escudos de cartón y prestancia y marcialidad hasta en los gestos de un hombre cansado...

Aquellos *manaies* de ayer, andaban mal vestidos; no eran marciales; no tenían técnica de su oficio efímero; carecían de protección y amparo; eran *pagados* por su servicio; carecían de organización, etc. Pero cumplían su cometido con una constancia de año tras año y —lo que es mejor— nos daban la plena sensación de *una soldadesca*, como la que debió dar vueltas en torno el martirio de Cristo, en los tristes días de la Pasión...

Por todo ello, yo dejo constancia escrita sobre este papel, de mi buen recuerdo, mi gratitud (e incluso mi nostalgia) hacia ellos, los *que fueron* y ya *no son más*...

Y para no apurar ni un momento la paciencia del lector benévolo, pongamos de una vez punto final a este “Glosario gerundense” que hemos abocetado con cariño...

Hasta otra, si Dios quiere.

